

LOS PILLUELOS DE MURILLO.

Ahí teneis mis queridos niños, una estampa copiada de un cuadro original del célebre Murillo. Examinad con detencion las fisonomias de esos dos chicuelos, y vereis en ellas toda la malicia infantil de dos pillastres, criados en la holganza, y acostumbrados á vagar por las calles de Sevilla, y á romperse las cabezas, por un quistame allá esas pajas con sus compañeros de azotainas y pedreas. Oh! tales eran las ocupaciones de Justino y Andres, que asi se llamaban los malaventurados cuando un suceso de poca importancia á primera vista, fue á sacarlos de su desarreglada vida, acostumbrándolos al trabajo.

Hijos de un ollero, en vano su padre quiso hacerlos trabajar enseñándoles su profesion desde muy temprano. Justino y Andres apenas tocaban el barro con sus manos, y con mas gusto ahorcaban un gato de los hierros de un balcon ó encojaban á un perro que hacian un cántaro ó un puchero. El pobre artesano reprendia á sus desaplicados hijos y les daba muy buenos consejos; pero ellos no los escuchaban, invirtiendo casi todo el dia en andar por plazas y mercados, robando al uno alguna naranja, y haciendo al otro una burla pesada.

Sucedió una mañana que se aburrieron de correr calle arriba, calle abajo, y sin saber que hacer se retiraron á casa. Su padre habia salido, no debiendo tornar hasta despues de las oraciones, y los chicos se ocuparon dos ó tres horas en vender vasijas, que daban á un precio muy bajo, porque solo deseaban vender para repartirse el dinero, que encerraban en una pequeña cuenca de barro. Entre los compradores hubo uno que equivocadamente dió por un cántaro una moneda de oro que le habian entregado sus amos para que la redujese á plata menuda.

Justino, que era el mayor de los chicos y el mas malo, advirtió la equivocacion del pobre criado; pero guardó la moneda en la cuenca y le dejó partir con la serenidad mas admirable. Un cuarto de hora habria pasado cuando se presentó de nuevo el criado, reclamando su dinero.

—Por Dios, dijo á los chicos, devolvedme mi dinero, porque si no me va á despedir mi amo.

—¿Qué dinero ni qué calabazas? replicó Justino: nosotros solo hemos recibido el valor del cántaro.

—Sí, pero entre los cuartos iba la moneda, y debe estar en esa cuenca. Vaciadla y lo vereis.

—Eso quisieras tú, repuso el muchacho empuñando la cuenca en ademán de defenderla.

—Vanas fueron cuantas súplicas hizo el criado á los empedernidos pilluelos: se mantuvieron en sus trece, y el infeliz considerando su amarga situacion, rompió á llorar amargamente, diciendo con voz dolorida:

—«Pobre padre mió! y qué noche te espera!

—¿Tienes padre? le preguntó Andres, que hasta entonces no habia desplegado sus labios.

—Sí, y se halla enfermo, sosteniéndolo yo con mi salario. Ahora me despedirán creyendo que me he quedado con el dinero, y mi desgraciado padre se morirá de sentimiento.

—¿Con qué mantienes tú á tu padre? demandó con interés Andresillo.

—Oh! yo lo mantengo, y lo que siento es no poder sacarle de su miserable situacion. Es tan bueno dar de comer

á un padre cuando es viejo y no puede trabajar!... Y eso también sucederá al vuestro, porque el trabajo le encorbará y se verá imposibilitado algun día de ganarse la vida. Entonces acudirá á vosotros, y vosotros le socorrereis, no es verdad? porque Dios premia á los que dan de comer á sus padres, como lo hago yo con el mio.

Al escuchar Andres tan sentidas quejas miró á su hermano, y le encontró llorando. Dios habia tocado en el corazon de los dos pilluelos, y en un instante penetraron en sus tiernas mentes las ideas del deber filial.—Justino vació la cuenca, y sacando la moneda de oro de entre las de cobre la devolvió al criado con los cuartos que le habia dado por el cántaro. Aquel se marchó saltando de contento, y Justino dijo á Andres:

—Ahora, hermano, á trabajar: hagamos un cántaro para colocarlo en lugar del que hemos regalado á ese infeliz mancebo.

Así lo hicieron, y cuando volvió el ollero encontró á sus hijos sumamente afanados, sin que desde aquel día echasen de menos las pedreas, ni les cansase el peso del barro.

T.

HISTORIA SACRADA.

I.

LA PASCUA.—SALIDA DE EGIPTO.

A pesar de estas amenazas Faraon se resistió todavia á las órdenes del Señor.

Dios habló en seguida á Moises.

—«Reune el pueblo de Israel, y dile que el día diez de este mes, que será para vosotros el primer mes del año, tome cada uno un cordero para su familia y para su casa.»

«Este cordero será un macho, nacido en el año y sin ninguna mancha; tambien podeis tomar un cabritillo igual.

«Lo conservareis, así separado de toda la manada hasta

:

el día catorce de este mismo mes, y en [la noche de ese día toda la multitud del pueblo de Israel lo inmolará].

«Los hebreos tomarán su sangre; teñirán con ellas los dos postes que sirven para sostener las puertas de sus casas, y sobre las mismas puertas.»

«Comereis su carne asada con pan sin levadura, y lechugas silvestres. Si al día siguiente sobra algo lo arrojareis al fuego, á fin que no sea profanado. Ved aquí como lo comereis. Os ceñireis los riñones con un cinturón, para coger vuestra túnica como los viajeros; tendreis calzados los pies con zapatos, un bastón en la mano, y tomareis vuestra comida de prisa, porque es la pascua, es decir el tránsito del Señor.

«En efecto, esta noche es en la que castigaré á los egipcios. La sangre con que señalareis vuestras puertas me hará conocer las casas que habitais; entonces yo pasaré, y la herida mortal no os tocará.»

«Es menester que conserveis la memoria de ese día para que lo celebreis de raza en raza como una fiesta solemne en honor de Dios.»

Moises hizo lo que Dios le ordenaba: reunió el pueblo de Israel y le esplicó las palabras del Señor.

Los hebreos siguieron estas órdenes.

Hácia la media noche, hirió Dios á todos los primogénitos del Egipto, desde el hijo de Faraon hasta el de la muger esclava que gemia en la carcel, y á los primeros nacidos de los animales.

Habiéndose Faraon levantado durante la noche, se oyó un grito en todo el Egipto, porque no habia ninguna casa donde no hubiese un muerto.

Entonces el rey ordenó á Moises y á Aaron que se le presentasen.

—«Retiráos prontamente de entre mi pueblo les dijo, vosotros y los hijos de Israel, é id á ofrecer sacrificio al Señor.

Llevaos vuestros ganados como me lo habeis pedido, y al partir rogadle por mí.»

Los hijos de Israel pidieron á los egipcios vasos de oro y de plata y muchos vestidos. Los obtuvieron facilmente, porque el Señor hizo fuesen favorables á su pueblo.

Entonces los hebreos partieron de Rameses en número de seiscientos mil hombres, sin contar las mugeres y los niños. Moises llevó consigo las cenizas de José, segun la promesa que se le habia hecho.

Fueron seguidos de una gran multitud que se les reunió.

Los hijos de Israel habian permanecido en Egipto cuatrocientos treinta años, época en que se verificó la vocacion de Abraham.

LOS ISRAELITAS EN EL DESIERTO.

II.

PASO DEL MAR ROJO.

Apenas los israelitas habian dejado á Rameses, cuando vinieron á decir á Faraon que en lugar de haber ido á hacer un sacrificio al Señor, habian tomado la fuga. Hizo inmediatamente preparar el rey su carro de guerra, y marchó con su ejército en persecucion de los hebreos.

En poco tiempo logró alcanzarlos. Los israelitas viendo detras de sí á los egipcios se llenaron de un gran terror. Moises los tranquilizó prometiéndoles el auxilio de Dios.

El pueblo fugitivo estaba entonces junto á las orillas del mar Rojo, de suerte que ni podia seguir adelante por miedo de las olas, ni retroceder temiendo á Faraon.

Moises imploró al Señor.

—«Caminad sin miedo, yo estoy con vosotros, respondió el Señor todo poderoso: levanta tu vara, extiende tu mano sobre el mar y divídele á fin que los hijos de Israel marchen á pié enjuto por en medio.»

Moises estendió su mano sobre el mar, el Señor dividió las aguas, y haciendo correr un viento violento y ardiente durante la noche, con él secó el fondo.

Los israelitas se adelantaron á pié enjuto en medio del mar y las olas divididas se levantaban á derecha y á izquierda como una muralla.

Los egipcios continuaron su persecucion y entraron en medio del mar. Mas el Señor hizo que las aguas volviesen á caer sobre ellos, y se los tragasen. Los carros, la caballeria, los hombres, los caballos desaparecieron, no quedó uno solo. Asi es niños mios, como el Señor sabe castigar á los que resisten sus mandatos.

Los israelitas reconocieron en estos prodigios el poder del Señor y cantáron cánticos de acciones de gracias en su honor.

Marfa, la hermana de Aaron, tomó un tambor, y todas las mugeres marcharon en pos de ella con instrumentos semejantes, y cantaron en coro las alabanzas del Altísimo.

Despues que los israelitas hubieron pasado el mar Rojo, entraron en el desierto de Sur; y habiendo marchado tres dias, no encontraron agua.

Asi que llegaron á Mara, la descubrieron, pero era tan amarga que no pudieron beberla.

El pueblo murmuró contra Moises; éste se dirigió al Señor, que le indicó una madera de una especie particular, que endulzó mucho las aguas.

Los hebreos vinieron en seguida á Ehn, donde encontraron doce fuentes, y setenta palmas. Se acamparon en este lugar.

III.

EL MANÁ.

Algun tiempo despues, estando en este desierto, murmuraron contra Aaron y Moises, porque se les habian agotado las provisiones que sacaron de Egipto, y no podian proporcionarse otras.

El Señor dijo á Moises:

—«Voy á hacer llover pan del cielo; que ese pueblo vaya á recogerlo, segun lo que necesite cada dia, escepto el sesto, en el cual tomará doble cantidad, porque el séptimo es el dia del reposo. Tambien tendrán carne que podrán comer.»

Por la noche se aposó un gran número de codornices en el campo, y por la mañana estaba la tierra cubierta de rocío. Los israelitas vieron en el desierto cierta cosa desmenuzada, que parecia haber sido machacada, en un mortero; se hubiera dicho que eran esos granillos de hielo blanco que cae sobre la tierra

—«¿Qué es eso? exclamaron los hebreos.

—«Es el pan que el Señor os dá» respondió Moises. Y les dijo las órdenes del Señor, recomendándoles mucho sobre todo no guardasen nada para el dia siguiente.»

Mas ellos no le dieron crédito, y habiendo algunos conservado el maná hasta por la mañana se encontró lleno de gusanos y corrompido.

El maná (así es como se llama este alimento que el Señor enviaba á los israelitas en el desierto) se parecia á la semilla de cilantro: era blanco y tenia el gusto de la mas pura harina mezclada con miel.

El señor mantubo así á su pueblo hasta su entrada en el pais de Canaán, es decir durante cerca de cuarenta años.

Los hijos de Israel habiéndose internado en el desierto, se acamparon en Raphidm; mas no encontrando allí agua para apagar la sed, murmuraron contra Moises.

—«¿Porqué nos has hecho salir del Egipto, le digeron, si debemos morir de sed, nosotros, nuestros hijos y nuestros ganados?»

—«¿Que haré á ese pueblo que quiere apedrearme? exclamó Moises implorando al Señor.»

—«Marcha delante, respondió el Altísimo, lleva contigo todos los ancianos de Israel, toma tu vara, y toca con ella en la roca que yo te mostraré, y de ella saldrá agua á fin que el pueblo pueda beber.

Moises hizo delante de los hijos de Israel lo que el Señor le habia ordenado. Tocó en la roca de Horeb con su vara, y salió agua en abundancia. Llamó á este parage la Tentacion, á causa de las murmuraciones de los hebreos, que estuvieron tentados de negar la presencia de Dios, exclamando: el Señor está con nosotros ó nó?

EL TRUEQUE DE LAS EDADES.

CUENTO.

Ved aquí lo que he leído en uno de esos maravillosos libros de cuentos que nuestros antepasados escribían en aquellos tiempos, para divertir á los niños y para hacer soñar á los hombres.

En un pueblecito, que está en el fondo de un valle de las Asturias, vivía en otro tiempo un honrado zapatero, llamado Martin. Era un buen viejo, estimado de todo el mundo, y su acreditada tienda jamás se veía desocupada de muchachos y muchachas, que le traían sus pies para que los calzase, porque Martin tenía sobre todo, la reputación de calzar admirablemente bien á los chicos y chicas.

Este buen hombre estimaba con pasión tan particular los pies pequeños, pasión tan verdadera y fuerte, que una mañana se le oyó gritar: ¡infeliz Martin! ¡desafortunado Martin! qué crimen has cometido, pues, para que la vejez te haya hecho un pié de nueve pulgadas!»

A fuerza de llorar sobre la longitud de sus pies, á fuerza de manosear los bonitos piesecillos de los niños, el pobre zapatero Martin, vino á echar menos su juventud. ¡Ay! pensaba, que dichoso tiempo aquel en que iba á la escuela, me peleaba con mis camaradas, era aturdido, alegre, sin pesar de ninguna especie! Dichoso tiempo, Dios mío! aquel en que tenía un

pie á lo mas de tres pulgadas! Como daria gustoso cuanto poseo en el mundo para volverme pequeño, con una boca chiquita, manos pequeñitas, cuerpo pequeño, piernas lo mismo, y sobre todo los pies! Oh! cuán feliz seria si tubiese cinco ó seis años!

Apenas acabó Martin de decir *cinco ó seis años*, cuando un niño de esta edad entró en su tienda.

—Buenos dias, maestro Martin.

—Muy buenos, mi Cristobalito, dijo el viejo enjugándose prontamente sus lágrimas; muy felices, querido niño!

—Qué teneis, pues, maestro Martin. Cualquiera dirá que habeis llorado.

—Ah! no me hableis de eso, tengo un gran pesar!

—Vaya, y yo tambien, maestro Martin, yo tambien estoy muy pesaroso. Ah! ah! maestro Martin!

—Ay! ay! mi pobre Cristóbal!

Y despues se pusieron los dos á sollozar.

Luego que se hubieron cansado bien de llorar, Cristóbal se paró de pronto, y con tono de voz bien tranquila dijo:

—Sabeis, maestro Martin, por qué estoy tan desazonado?

—No, respondió el zapatero.

—Pues bien, prosiguió Cristóbal, voy á decíroslo; lloro por que no soy grande; esto es lo que me hace infeliz. Si fuese grande no iria mas á la escuela; si fuese grande mis camaradas no me pegarian; si fuese grande, tendria una casa mia; si fuese grande, no comeria mas pan seco para almorzar; si fuese grande.....

—Tendrias un gran pié! exclamó Martin con desesperacion.

—Un gran pié! Y qué quereis que se me dé á mí de eso? tanto mejor! por el contrario, con un gran pié, me mantendria mas firme sobre mis piernas; andaria mas sin cansarme; tendria lindas botas, y podria mantenerme firme á caballo.

—Ay! mi querido niño, dijo entre dientes Martin, se ve bien que no tienes alma de artista; que no sabes lo que es tener cuarenta, cincuenta, y luego setenta y dos años, como yo los tengo á la hora presente; se ve bien mi pobre Cristóbal, que jamás has meditado en la muerte, y que no eres zapatero.

—Es verdad, mas siempre es fastidioso, dijo Cristóbal, muy fastidioso tener solo seis años, aprender á leer, comer pan seco, y ser aporreado, por que no es uno el mas fuerte. Decid pues, maestro Martin, no conoceis un medio de que yo crezca pronto?

Volvíase en esto hácia Martin, para oir su respuesta, cuando vió que el buen hombre estaba estupefacto delante de un cajon de su cómoda, que se abria solo.

Del fondo del cajon, salió una muger pequeñita, que tenia una hermosa cabeza de niño, sobre un cuerpo cansado de viejo.—Salud! dijo esta.

Martin hizo una profunda reverencia, como si el rango de aquella persona le fuese conocido. Sin embargo, Cristóbal tenia miedo.

—Tranquilízate, Cristóbal, le dijo la jóven y vieja á un tiempo, con amable sonrisa; no temas nada, yo soy la que dirijo los cambios de edades. Os he oido á tí y á ese zapatero, y vengo á ofreceros mis servicios. Soy el hada Biforme.

—Qué rejuvenece? preguntó precipitadamente el viejo Martin.

—Y que pone viejos al mismo tiempo, continuó el hada, por que no podria rejuvenecer una criatura humana, sin envejecer otra al mismo instante; ni poner viejo á uno sin rejuvenecer otro. Los años que quito de encima de un viejo, es menester que los traslade á un jóven. El tiempo, amo de todos nosotros, no debe perder nada en este tráfico, que jamás puede ser mas que un cambio. Si fuese otra cosa á qué se reducirian los dias, los meses y los años pasados? Todo minuto empleado en vivir debe contarse en la edad de un hombre, sea en la edad de aquel mismo que ha vivido este minuto, sea en la de otro cualquiera, lo que importa poco; mas lo repito, este minuto de vida debe contarse para alguno. Veamos pues, no eres tu Cristóbal, el que quiere envejecer; y tu Martin no deseas rejuvenecer? Hablad, y conforme á vuestro deseo, os transformo á los dos; á ti Cristóbal en Martin, y á ti Martin en Cristóbal. Bastará que os toque con mi varita. Vuestra resolucion aguardo.

Martin no podia hablar, tanta era su alegria. Solamente hacia señas con su mano descarnada y grande, de que aprova-ba el cambio.

—Y tu, Cristóbal, preguntó el hada, no quieres pues convertirte ya en un hombre?

—Seguro que si, señora, respondió el niño despues de largos esfuerzos para tomar un poco de aliento, de fijo, grande hada, de cierto, gran diosa, deseo convertirme en un hombre; pero si quereis que os lo diga, no me agrada ser un viejo zapatero.

Que viene á ser eso? exclamó el maestro Martin.

La encantadora le impuso silencio. En seguida dirigiéndose á Cristóbal, dijo: reflexiona, niño mio. Si no consientes tomar la edad de Martin, conservas la tuya; si no eres él, permaneces siendo tú, es decir un muchacho que va á la escuela, que no quiere aprender nada, y que se le azota.

Pero, señora, preguntó Cristóbal, no puedo volverme grande sin convertirme en viejo seguidamente?

¿Eso llama viejo? setenta y dos años! es todavía una edad muy bella, dijo Martin con un acento que se esforzaba en hacer parecer joven y cariñoso. Además, piensa pues, mi Cristóbalito, que tomando mi edad, tomas también mi nombre, mi oficio, mi casa, mi haber. Tengo un jardín soberbio en donde maduran frutos exquisitos. Mis muebles son nuevos casi todos: y ellos te pertenecen. En aquel grande armario de encima que ves allí, no se exactamente cuantas monedas de oro encontrarás, mas te aseguro que cuatro por lo menos. Tengo una reputación de buen zapatero, y te aprovecharás de ella; tendrás parroquianos de todas las montañas, haces una lucida suerte, compras un coche, caballos, unas tierras..... mira, ahora que pienso en ello veo que tal vez hago una tontería! dejar! dejar un establecimiento, una casa, riquezas sin número para tener ¿qué? pan seco de almuerzo. A fé mia.....

La fingida irresolución del astuto viejo logró el resultado que él esperaba. Cristóbal se adelantó de pronto, la cabeza erguida como uno que se presenta á tomar una resolución. Sin embargo, con algun resto de indecisión en la voz repitió á la encantadora esta pregunta.

—Pero señora, no puedo convertirme en grande sin volverme viejo en seguida?

—Te he dicho ya que no y por qué causa es imposible, respondió la hada.

—Cristóbal arrojó un gran suspiro, después llevó de nuevo los ojos con curiosidad sobre Martin, que andaba por el cuarto con paso pronto, la nariz visible, rostro abierto, soplándose é inchándose los carrillos, tarareando una cancioncilla, mirando risueño á la encantadora, dando compases y saltos, y aun danzando para disimular su vejez, á fin de estimular á Cristóbal á hacer el trueque de edades.

Todos los saltos de Martin vencieron en fin la poca repugnancia que tenia todavía el niño.

—Señora, dijo á la encantadora, consiento; pero necesito.....

A la palabra necesito, la encantadora sin aguardar el resto de la frase, tocó con la punta de su varita á Cristóbal, que en el mismo instante se encontró duramente sentado en una silla vieja de madera forrada de cuero. Cada una de sus manos, enteramente enjutas y ennegrecidas, tenia sujeto sobre su rodilla un zapatito de cordobán, y en la otra tenia un martillo pesado, que le servia para golpetear la suela. Una tos súbita desvió el golpe que destinaba al zapato, y el martillo le magulló dos dedos, por lo que hizo un horrible gesto.

Una risotada se oyó á su lado, le hizo levantar la cabeza refunfuñando, y ver un niño que se escapaba contento por la

puerta. Este niño era Martin, el viejo zapatero, ó por mejor decir no era ya Martin, sino mas bien Cristóbal mismo, con su blusilla, su pelo rubio rizado, su cara de rosa, su andar listo, era el antiguo zapatero que se escapaba bajo los vestidos con la edad y facciones del pobre Cristóbal.

Por un singular capricho de la encantadora, ambos á dos, Cristóbal y Martin, no obstante el cambio que habian hecho de sus personas, debian conservar el recuerdo de su condicion primera. Martin convertido en Cristóbal, se recordaba haber sido Martin; Cristóbal vuelto en Martin se acordaba haber sido Cristóbal.

Bien se deja pensar, que despues del gran martillazo sobre los dedos, eran poco gustosas al nuevo zapatero en aquel momento las dulzuras de ser artista en calzados. Arrojó por el cuarto tirapié, martillo, lezna y otros instrumentos de su arte, y despues con las dos manos apoyadas en cada lado de su silla, ensayó levantar su cuerpo del asiento de cuero, donde parecia retenido por alguna fuerza sobrenatural.

—Que es esto, dijo, no puedo mover ni pies ni manos! ¡Ay! ay! que es lo que siento? Misericordia, socorro!

A los gritos del buen hombre acudió un vecino.—Qué se ofrece, maestro Martin.—Ay! ay! —¿Os molesta hoy la gota?—¿Cómo, qué es lo que decís? exclamó Cristóbal espantado, yo estoy enfermo? ¿yo tengo gota?—Yo por mí nada sé, puesto que os lo pregunto. Quizá solo será vuestro reumatismo....—Ay Dios mio, mi reumatismo!....—No os digo eso, vecino, para contradeciros; si es simplemente vuestra perlesía que repite, sea en buen hora.—Decís parálisis? ¿qué entendéis por eso?—Vuestra perlesía. Parece que este pobre hombre se ha vuelto loco. ¿No os acordais ya del ataque que sufristeis habrá cuatro años por pascua? Ni podiais beber, ni comer, ni hablar, ni andar; en el caso que os repitiese, vecino, seria una desgracia sin duda, ¿pero qué remedio? A vuestra edad es menester esperar la muerte todos los dias.—No quiero mor....

Una tos terrible, la misma que le habia costado el gran martillazo en los dedos, le oprimió la garganta, lo sacudió, lo sofocó tanto y con tanta fuerza, que permaneció mas de una hora torciéndose y dando palmadas antes de poder hablar.

—En fin, cuando hubo cesado el acceso, gritó Cristóbal llorando de todo corazon. Pero yo os digo que no quiero morir! nunca he estado malo, ni de la gota ¡ay ay! ni tengo gota, oh! como esto me punza, ni... ni... ni estoy constipado.

—Vecino, ved ahí vuestro catarro que empieza de nuevo á hacer de las suyas: sin rodeos, vaya, quereis que vaya á buscar el médico.

—No tengo necesidad de vuestro médico, exclamó el afligido viejo: quiero irme á mi casa, volver á ver á mi mamá, volver á la escuela; me llamo Cristóbal, no tengo mas de seis años, y no quiero morir.

Era menester haber oído estas palabras para comprender con que acento de desesperacion se decian; era preciso haber visto aquel viejo que hacia poco tenia todavia solo seis años, llevarse violentamente la mano á la cabeza, querer arrancarse los hermosos cabellos rubios, y no traerse en la punta de sus secos dedos mas que una peluca espantosa; seria necesario, digo, haber sido testigo de todas esas cosas, para formarse una idea exacta del espanto y los lamentos del desgraciado zapatero.

El vecino le dejó muy pronto, persuadido á que estaba rabioso, poseído del diablo y loco.

El resto del dia Cristóbal lo pasó sin conocimiento, tendido entre unas pieles viejas, de cubetas de agua corrompida, y puntas de clavos, que muchas se le metieron en las pantorrillas. No se sabe cuanto tiempo habria permanecido en esta posicion molesta, si cerca de la noche un ruido espantoso no lo hubiese vuelto en sí. Este ruido andaba en la sala, en sus oídos, muy cerca de él.

El miedo le dió fuerzas. Se levantó precipitadamente.—Quién está ahí?

—Soy yo, Martin, dijo una voz infantil. Todo lo rompo, todo lo destrozo, todo lo quemo, si tú no me devuelves mi tienda. Márchate ó te hundo á latigazos con el tirapié.

La alegría renació en el corazon de Cristóbal. Eres tú, viejo zapatero, dijo al niño; eres tú el que hace todo ese estrépito para recuperar tu martillo, tus zapatos, tu lezna, tu edad y tu figura? Oh! no creas que yo quiero ser tú contra tu voluntad, ni permanecer siendo Martin cuando tú no quieres ser ya Cristóbal. Me conformo, eso es lo que deseo: vuélveme lo que me has tomado, y yo te devolveré lo que me has dado. Mas es posible esto ahora? La señora encantadora será tan benéfica que nos restablezca en el estado que teniamos esta mañana? No soy yo Martin y tú Cristóbal?

—Gracias por la fineza, respondió el ex-zapatero. Muy bien puedes recuperarlo. Por lo que hace á mí, estoy mas que cansado de ser Cristóbal, y de la escuela, y de los seis años, y del pan seco, y de la prision, y de otras cosas. Es mucha abominacion dar azotes á un hombre de mi edad!

—Te han azotado, mi pobre niño, dijo Cristóbal, que retenia mal una enorme gana de reir; te han dado azotes, á tí, Martin?

—Es decir, que creian dárte los á tí, Cristóbal, pero al fin

yo soy el que los ha recibido, y es muy desagradable. No he vivido setenta y dos años para que me azote un maestro de escuela. No hay en esto razon. Primeramente, figúrate que despues de nuestro cambio, al salir de aqui me encuentro en medio de una tropa de muchachos que cacheteo por broma, y que me hunden á golpes de veras. En la batalla pierdo mi gorra, uno de mis zapatos, y mas de la mitad de mi camisa. El maestro de escuela que pasaba en este momento, me agarra por el cuello y me lleva á la clase; me manda que me ponga de rodillas y yo no quiero; trata de hacerme leer, no quiero; me dice vaya á la prision, no quiero ir. Entonces, lo entiendes, le ocurre aporrearame con unas disciplinas; me defiendo, me coge la cabeza entre sus piernas; le muerdo con todas mis fuerzas; dá mas fuerte con sus disciplinas y yo grito: soy el maestro Martin, zapatero de hombres y mugeres. Quereis soltarme, señor.... (ni aun sabia su nombre).

—Se llama Perez.

—Sea Perez ó como quiera, me es igual. Quereis dejarme, le dije, ruin; soy un hombre establecido, tengo una tienda en la plaza mayor, me quejaré contra usted al juez, me llamo Martin, lo entendeis; Martin!... Mas en vano gritaba Martin, Martin. Tu maestro Perez continuaba pegándome como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. En fin de cansado ó por compasion, abrió las dos piernas, me dejó libre, me dió una gran bofetada que me arroja á la puerta y escapo. Ya estoy aqui, vuélveme mi silla forrada de cuero, mis setenta y dos años y mi tienda.

—Ay! con mucho gusto; mas la encantadora, la buena encantadora, consentirá este nuevo cambio?

—Lo permite, dijo una voz que salia no se sabe de donde. Era la voz del hada, y ya Cristóbal habia vuelto á ser Cristóbal, y Martin habia tomado de nuevo la forma de Martin.

Cristobal, que habia vuelto á bajar á la edad de seis años, se palpaba desde los pies á la cabeza para asegurarse de que era él ciertamente, y no otro alguno. Miraba al viejo Martin que lo inspeccionaba á su vez, ambos muy admirados y muy contentos. Luego que tributaron á la sorpresa, á la alegria, los primeros momentos de su nueva existencia, llegó el turno del reconocimiento, y se arrodillaron delante de la buena encantadora para darla las gracias.

—No os castigo, les dijo esta, por los deseos que habeis formado uno y otro. El logro de esos deseos insensatos, hasido por sí mismo un suficiente castigo. Pero si he puesto término á vuestros dolores, que al menos la esperiencia de vuestra metamórfosis os sea provechosa. Contentáos con lo que existe, sin desear lo que pasó, ó puede venir. No hay un dia en la vida

del hombre que no tenga sus penas; las de la infancia se soportan mas facilmente.

Menos, sin embargo, dijo Martin, cuando un maestro de escuela..... La encantadora le echó una mirada severa, y continuando dirigiéndose á Cristóbal, dijo: no desees jamás envejecer, mi pobre niño, á no ser para llegar á mayor perfeccion y mas conocimiento. Lejos de afligirte por los ligeros pesares de tu edad; lejos de desear crecer para escapar de lo que crees son castigos, fatigas, males, acoge todo esto como bienes, dá gracias á Dios de que eres todavia pequeño, por que lo sabes, Cristóbal, y has hecho una dura esperiencia recientemente de que hay en la vida dolores mas agudos que los de ser penitenciado en la escuela, comer pan seco, y estudiar la leccion. No te lamentos pues, otra vez de que te imponen deberes; no te digas ya desgraciado, por que se te castiga tu pereza: muy al contrario, felicítate de lo poco que sufres; esos padecimientos se dirigen á tu bien, y suceda lo que suceda está seguro, de que la infancia es la mas dichosa de todas las edades.

—Sin embargo, dijo Martin, no es preciso que un maestro de escuela.....

De improviso uno de los cajones de la vieja cómoda, se abrió y volvió á cerrar con violencia. La encantadora no estaba ya en la sala.

—Sabes lo que nos ha dicho durante un cuarto de hora, preguntó Martin á Cristóbal; en cuanto á mí, quiero volver á casa del maestro de escuela si he entendido una sola palabra de cuanto nos ha relatado la buena muger.....!

Sí, si, murmuró en voz baja Cristóbal, como quien habla consigo; si, es muy cierto que soy feliz, no teniendo otra molestia mas que la de aprender á leer, y la de ir á la escuela. Qué diferencia, cuando tenia catarros, perlesias, reumas!—Ay! Dios mio, exclamó Martin, pues que tenias reumatismos, catarros, perlesias.....!

—Y la gota, dijo Cristóbal.....

—Tienes razon, pues siento la mia que discurre por las piernas.... Quieres que volvamos á llamar la encantadora?

—Gracias, maestro Martin. Por esta vez conservo mis seis años, y me marchó muy pronto á juntarme con mis camaradas en la escuela. ¡Qué placer! dijo brincando de alegría.

Cuando se retiraba á todo correr, le gritó Martin desde el umbral de la puerta; señor Cristóbal, ten la bondad de dar mis memorias al maestro Perez, y díle cuanto siento no ser ya su discípulo.

LA ROSA Y LA ESPIGA.

FABULA.
—

Entre espigas mil y mil
En un prado se veían
Las rosas del bello abril
Que airoso el caliz gentil
Al dulce céfiro abrían.

Y es fama curiosa, atenta
Que cierta rosa á una espiga
La dijo, segunse cuenta,
Teniendo como una afrenta
De estar á su lado; amiga,

No es verdad que superior
En mucho yo soy á tí?

¡Cuán hermoso es mi color!
y qué fragante es mi olor!
¿Tú no le percibes? dí...

La luz del alba dorada
En mi niñez yo la adoro,
Y adulta tengo morada
En la maceta estampada
Con vermellon y con oro.

Y satisfecha mi suerte
(Siguió diciendo la rosa)
A encontrar llego la muerte
En los labios de una hermosa
Y en su pecho tumba inerte.

Y en cambio tu no eres nada
Que en julio el abrasador
Rayo, te quema y quemada
Te arranca la mano airada
Del grosero segador.

Y luego polvo te hace
La piedra inclemente y dura.
Toda tu forma deshace
Y nadie te dice yace
En aquesta sepultura.

La espiga entonces airosa

Y sus aristas al cielo
Exclamó ¡oh pobre rosa!
Que mal haces orgullosa
Y cuán poco es tu consuelo.

Tú que te alabas ufana
De dichosa en el vivir
No ves que tu dicha es vana,
Hoy hermosa...y mañana
Marchita y sin porvenir.

Yo al contrario; hoy siento
El calor, la piedra, sí,
Mañana al pobre sustento
Y soy del rico alimento
Y aun me bendicen á mí.

Tú al hombre inútil le eres
Mas precisa le soy yó.
Tu alimentas sus placeres,
Yo su vida... que mas quieres?
La rosa no contestó.

Un niño que por fortuna
Esta plática escuchó
Dejó al momento gustoso
Su caballo de carton,
Y un libro de pergamino
En donde estudiar cogió.

MANUEL MARIA SANCHEZ UGARTE.

